

UNA BATALLA EN LA GUERRA DEL ORIENTE ARABE

SE dice de lo que está pasando ahora en Palestina que es la cuarta guerra entre los árabes y el estado de Israel: es, en realidad, una batalla importante de una guerra única y larga, que se ha manifestado de muy diversas formas, desde los disturbios a las batallas en campo abierto —como ésta—, pasando por el terrorismo de los dos bandos, por la intervención de otras naciones no árabes ni judías, por las maniobras políticas y diplomáticas, los golpes de mano, los asesinatos... Esta es una batalla, y no parece tampoco que vaya a ser la decisiva, aunque no se sepa cómo va a evolucionar la situación.

NO se sabe, en realidad, ni siquiera cómo está la situación en el momento presente. Estamos —cuando estas líneas se escriben— en plena y típica etapa de intoxicación. Cada parte acusa a la contraria de haber iniciado las hostilidades y de mantenerse a la defensiva. Cada parte emite comunicados victoriosos, en absoluta contradicción con los de su enemigo. Y los resultados de las operaciones no son aún tan aparentes como para saber dónde está la verdad o la media verdad. La necesidad de acusar a la otra parte de haber comenzado las hostilidades está en relación directa con las Naciones Unidas: se trata de no aparecer como agresor, como violador de la tregua y de los acuerdos tácitos o explícitos de la congelación de las líneas tal como quedaron en 1967 hasta que la situación se resuelva por las negociaciones. La mayor parte de las opiniones de la prensa mundial muestran tendencia a culpar de la agresión a Egipto y a Siria. No es solamente en este caso que la mayor parte de la prensa mundial esté a favor de Israel —y esto es un hecho—, sino que la penetración, a veces profunda, de las tropas egipcias y sirias en territorio controlado por Israel —en el territorio que Israel conquistó en 1967— parece indicar que la ofensiva inicial ha sido suya: siempre avanza en los primeros momentos el autor del ataque. Esto no excluye la posibilidad de que todo sea una maniobra de Israel, donde no falta astucia —o inteligencia— para estas argucias de guerra: provocar los primeros disparos y retroceder después ante el contraataque para, en primer lugar, dar la sensación de la agresión de los árabes, y en segundo lugar, dejar que se meta en su terreno el ejército enemigo para destruirlo con mayor facilidad. Esto no pasa de ser una especulación, una imaginación, que no tiene por ahora el menor punto de apoyo en datos fidedignos. Los partidarios de la idea de la iniciativa árabe arguyen otras especulaciones, además de la antes apuntada de la penetración árabe: la rápida salida en los últimos días de consejeros y técnicos soviéticos, como si la URSS no quisiera verse mezclada en algo que sabía que iba a pasar, y la reciente entrevista entre los jefes de estado de Egipto, Siria y Jordania, estimulados por el Rey Faisal de Arabia Saudita, en la que —dicen— se debió decidir la ofensiva. Parece más cierto que esa entrevista estaba ideada para buscar una solución al problema de las guerrillas palestinas, que detestan especialmente Jordania y Arabia Saudita —porque su carácter revolucionario amenaza sus re-

gimenes feudales y porque impiden la paz definitiva con Israel, que con vendría a sus negocios de petróleo y a su política proamericana—, y podría suceder que esas mismas guerrillas, y los elementos favorables con que cuentan en Egipto y en Siria, en los ejércitos y los gobiernos, hubieran conseguido provocar esta batalla, esta ruptura de hostilidades, antes de que fuese demasiado tarde. Pero esto no nos aleja del terreno de las especulaciones y de las suposiciones. Lo cierto es que a pesar de la nueva cordialidad, ni Jordania ni Arabia Saudita están participando en esta batalla.

NI tampoco, por cierto, los otros países árabes. Al menos, por ahora. El brillante, hablador, fanático Gadhafi ha puesto a disposición de sus hermanos el petróleo: «Esta es mi arma», ha dicho. Más o menos han dicho lo mismo los emiratos del golfo Pérsico, y así lo están haciendo saber en la conferencia mundial sobre petróleo, que se celebra en Viena en estos momentos. El resultado será finalmente una subida mayor en los precios. Irak dice que va a estudiar la posibilidad de retirar tropas de su frontera con Irán, Líbano refuerza sus fronteras, Sudán manda mensajes solidarios, como Argelia. Marruecos está dispuesto a enviar soldados: ya tiene algunos estacionados en la zona desde 1967 (cuando los envió se decía en Rabat que los camiones daban una y otra vez la vuelta por la misma avenida para dar la sensación de que se enviaba al combate un gran ejército: en todo caso, los soldados llegaron cuando ya habían cesado los combates).

LA actitud soviética es también muy reservada. El comunicado oficial del gobierno que ha publicado «Pravda» insiste una vez más en que su posición está al lado de los países árabes, y culpa de la responsabilidad de la situación al estado de Israel, pero no condena a Israel por la agresión, ni indica de dónde han podido salir los primeros disparos: la culpabilidad de Israel se centra en no haber aceptado las resoluciones del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General, dando lugar a que se reproduzca la lucha abierta. Más importante aún: el comunicado no menciona en ningún momento la existencia del Tratado de amistad y cooperación entre la URSS y Egipto, que obliga a cada

El presidente egipcio, Sadat, y su ministro del Ejército, Ahmed Ismail, en el Estado Mayor egipcio, poco después del inicio de lo que algunos han calificado ya como la cuarta guerra entre los árabes y el estado de Israel.





Carros de combate israelíes atraviesan la pequeña localidad de Druse, en los altos del Golan, en el segundo día de las hostilidades.

una de las partes a acudir en socorro de la otra si ésta es agredida. Ni anuncia que vaya a tomar ninguna medida en ayuda de las naciones árabes. No es difícil adivinar que para la URSS esta situación es profundamente desagradable, en un momento en que su política general y la que concretamente está realizando en las conferencias de reducción de armamento y de seguridad en Europa la llevan al mejor entendimiento con los Estados Unidos. En cuanto a éstos, no hay declaración oficial todavía: se sabe que Nixon y Kissinger han abandonado sus fines de semana para incorporarse inmediatamente al trabajo, que se ha puesto en marcha un plan calculado para esta eventualidad —la movilización de la sexta flota en el Mediterráneo y la suspensión de permisos—, y que han comenzado los contactos con la URSS (a partir de una llamada telefónica de urgencia de Kissinger al embajador de la URSS en Washington). Los medios de comunicación —prensa, radio y televisión— están unánimemente al lado de Israel, por las razones que se conocen, y los políticos también, condición inevitable para optar a cualquier cargo electoral. Nixon ha dado órdenes para que se convoque el Consejo de Seguridad, que seguramente habrá iniciado ya sus reuniones cuando estas líneas se publiquen: los contactos entre soviéticos y americanos tienden a esbozar un proyecto de resolución mutua antes mismo de que ese Consejo se reúna. No hay la menor duda de que los Estados Unidos no tolerarían que Israel fuese estrangulado, si las fuerzas árabes llegasen a aproximarse a ese objetivo, aun a costa de su amistad con la URSS; no hay la menor duda tampoco de que la URSS preferiría perder la amistad con los árabes antes que la de Estados Unidos. Una moción que salvase la cara a los dos países no es, por otra parte, demasiado fácil. Probablemente los países árabes, si de ellos ha partido la iniciativa, tienen objetivos mucho más limitados que la imposible destrucción del estado de Israel: la reconquista de los territorios perdidos en 1967 antes de que se decreta el alto el fuego, un alto el fuego que detenga los combates en el lugar en que se encuentran, de forma que así regresen a ellos; es decir, una operación inversa a la de 1967. Para ello hay que suponer que los controlan en el momento en que el alto el fuego sea ordenado, y que Israel respete la situación. En el Consejo ya se produjo una decisión para que Israel devolviese los territorios ocupados, y no se ha cumplido nunca. Va a volverse a hablar de ella. Va a volver a hablar Estados Unidos de que antes de negociar nada es preciso que los países árabes den seguridades de que Israel sea reconocido como estado, y no lo va a conseguir.

POR todas estas razones no parece que esta batalla vaya a ser resolutive. Podría evolucionar la situación en el sentido de que nuevos países árabes participasen en ella, pero no es probable. Ni es probable que la Unión Soviética y los Estados Unidos vayan más allá de un mero cambio de palabras calculadas. Si se resuelve militarmente en favor de Israel —quizá no tanto en territorios nuevos como en destrucción de efectivos militares de Egipto y Siria, y probablemente en ataques fuertes contra las zonas donde están los palestinos—, puede haber cambios políticos importantes en el interior de esos países como puede haberlos en las relaciones interárabes.

ES preciso repetir que en realidad no estamos más que en los primeros momentos de un suceso, que los datos que llegan no son fidedignos y pueden contaminar todas las especulaciones y que hay que esperar el desarrollo de la situación en los próximos días para hacer una idea más aproximada.

BREVE HISTORIA DE UNA LARGA GUERRA

Si desde un punto de vista religioso el regreso a Palestina forma parte del ideario de la diáspora —el pueblo judío expulsado y disperso por el mundo— desde siempre, su utilización política tiene menos de un siglo.

Fue lanzado por el periodista judío-húngaro Teodoro Herzl hacia 1880 y cuajó en el Primer Congreso Sionista (Sión=Palestina) en 1897. Su propósito era "asegurar al pueblo judío un hogar en Palestina garantizado por la ley". Se trataba de una reacción de defensa frente a las persecuciones de los antisemitas europeos (semita es un apalabra engañosa: las razas semitas son tanto las judías como las árabes).

Cáin Weizmann siguió la obra

tuara el país bajo tales condiciones políticas, administrativas y económicas que pudieran asegurar el establecimiento de un hogar nacional judío, salvaguardando al mismo tiempo los derechos civiles y religiosos de todos los habitantes de Palestina".

La población de Palestina era enteramente árabe. Las llegadas de inmigrantes judíos ocasionaron disturbios y revueltas, especialmente graves en 1921 y 1929.

En 1930 se decidió en Gran Bretaña suspender los traslados de judíos a Palestina, pero no pudo detener la enorme corriente, aumentada por las persecuciones de los nazis en Alemania, y el plan fue abandonado.

En 1939, Gran Bretaña anunció que trataba de crear un estado



Egipto, antes de la llegada de la policía internacional. Patrullas francesas en las calles de Port-Said.

de Herzl: un judío polaco emigrado a Gran Bretaña, que prestó grandes servicios en el Almirantazgo durante la I Guerra Mundial. Los ingleses adoptaron la idea sionista para conseguir el apoyo del capital judío mundial durante la guerra y como medio para mantener la división entre dinastías y pueblos árabes en sus protectorados.

En 1917, Cáin Weizmann fue consultado por el Foreign Office para la redacción de la Declaración Balfour, en la que se declaraba el apoyo británico para la creación de una nación judía en Palestina, siempre que se salvaguardaran los derechos de las "comunidades no judías existentes en Palestina". La declaración fue aprobada por los gobiernos aliados y en 1920 fue convertida en mandato por la Liga de Naciones, para que Gran Bretaña "si-

palestino independiente en un plazo de diez años, donde "los dos pueblos compartiesen la autoridad en el gobierno de tal manera que los intereses de cada uno estuviesen respetados". Pero la hostilidad entre las dos comunidades cesó nunca.

En 1941, Gran Bretaña traspasó el problema a las Naciones Unidas, que propusieron la partición. Árabes y judíos se mostraron contra ella. Los judíos produjeron ejércitos clandestinos y organizaciones terroristas (Haganah, Stern, Irgun) atacaban con enorme violencia tanto a los árabes como a los ingleses. Los Estados Unidos tomaron la herencia imperial británica y protegieron a los judíos de Palestina por la misma razón que sus predecesores (la división del mundo árabe, la cabeza de puente en la orilla mediterránea del petróleo) y por